

LA ORACIÓN

teología y práctica



editorial clie

Fernando A. Mosquera

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



© Fernando Abilio Mosquera Brand

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

© 2010 Editorial CLIE

Mosquera Brand, Fernando A.
LA ORACIÓN : TEOLOGÍA Y PRÁCTICA
ISBN: 978-84-8267-573-2
Clasifíquese: 2190-ORACIÓN: Naturaleza e importancia de la Oración
CTC: 05-32-2190-21
Referencia: 224739

ÍNDICE

RECONOCIMIENTO.....	9
AGRADECIMIENTOS.....	11
INTRODUCCIÓN.....	13
DIOS COMO POSIBILITADOR DE TODO ACTO DE COMUNICACIÓN.....	15
El primer gran evento de comunicación de Dios.....	17
Comunicación en la revelación divina.....	17
RECURSOS LINGÜÍSTICOS UTILIZADOS EN LA COMUNICACIÓN BÍBLICA.....	19

PRIMERA PARTE

REFLEXIONES ACERCA DE LA ORACIÓN.....	23
LA PARADOJA DE LA ORACIÓN.....	27
Dios como ser de relación y de amor.....	29
Dios como ser providente.....	31
Expresa dependencia en Dios.....	36
Naturaleza polisémica de la oración.....	36
¿Acaso pedir es malo?.....	36
Explora nuevas posibilidades.....	37
Trae beneficio a otros.....	37
Expresa amistad con Dios.....	38

Porque en la presencia de Dios el cristiano es transfigurado.....	38
CONDICIONES EXIGIDAS AL ORANTE.....	47
Tener comunión ininterrumpida con Dios.....	47
Amar y darle un trato respetuoso al cónyuge, en el caso de los casados.....	47
Pedir conforme a la voluntad de Dios.....	48
Deleitarse en Dios.....	48
Tener corazón sincero.....	48
SIETE MODELOS DE ORACIÓN EN LA BIBLIA.....	55
<i>Exultavit cor meum in domino</i> , de Ana (1 Sam 2:1-10) y <i>Magnificat</i> , de la Virgen María (Lc 1:46-55).....	55
<i>Miserere mei</i> , Sal 51.....	59
<i>Benedictus</i> , Lc 1:67-80.....	61
<i>Nunc dimittis</i> , Lc 2:28-32.....	62
<i>Pater noster</i> , Mt 6:9-15 (Lc 11:2-4).....	63
<i>Pater venit hora</i> (Jn 17).....	68
EXPLORACIÓN DEL CAMPO SEMÁNTICO NEOTESTAMENTARIO.....	75
Oración (<i>proséujomai</i>).....	75
Oración de intercesión.....	82
ORACIONES SOLIDARIAS.....	89
Oración de Daniel. Dan 9:1-19.....	89
Ayunos vicarios: percepción del ayuno veterotestamentario.....	92

LA ORACIÓN EN LOS SALMOS.....	101
Súplicas del orante angustiado.....	102
Yahweh el defensor del <i>tsadiq</i>	108
Plegarias imprecatorias.....	109
LA OBEDIENCIA COMO <i>CONDITIO SINE</i> QUANON DE LA ORACIÓN.....	115
ORANDO EN EL ESPÍRITU Y CON EL ENTENDIMIENTO.....	125
SEGUNDA PARTE	
TENDENCIAS CONTEMPORÁNEAS.....	135
MOVIMIENTO DE LA FE (TEOLOGÍA DE LA PROSPERIDAD).....	149
ORACIÓN FUERTE AL ESPÍRITU SANTO.....	171
LA LEY DE LA COSECHA.....	185
Responsabilidades sociales, según la Torah.....	186
Funciones sociales y litúrgicas del diezmo.....	190
La ley de la cosecha propiamente dicha.....	192
LOSPACTOS.....	197
Pacto como contrato social.....	198
Pacto en las sagradas escrituras.....	202
CONCLUSIÓN.....	219
BIBLIOGRAFÍA.....	225

RECONOCIMIENTO

El presente libro surge en medio de una circunstancia especial: como teólogo y filósofo he dedicado mis esfuerzos investigativos a la teología exegética y a asuntos políticos y teológicos, sobre todo, al diálogo entre teología, filosofía y política. Los temas relacionados con la espiritualidad he preferido que otros teólogos y espiritualistas los aborden. Yo creía que mi campo de interés académico estaba muy bien delimitado, hasta octubre del 2006, fecha en la que recibí una llamada telefónica desde Maracay, Venezuela. El reverendo John Freddy Zea, pastor asociado de la Iglesia Evangélica Libre Gilgal, me llamó para hacerme una invitación: ser el conferencista del Primer Congreso de Oración de la Iglesia Gilgal, el cual se desarrollaría los días 17 al 19 de mayo del 2007. Esta llamada la hizo a instancias del pastor principal Rvdo. Ender Sangronis. Mi primer impulso fue responderle que no podía aceptar la invitación, debido a que ése era un tema que yo no había trabajado teológicamente. Pero lo pensé mejor y decidí que ésta sería la ocasión ideal para incursionar en un tópico que consciente y deliberadamente había dejado para que otros lo abordaran. Así que acepté la invitación, para iniciar, de esa manera, una aventura inusual en mí. Además, el pastor Zea me solicitó buscara a otro conferencista para que fungiera como tallerista. El nombre que vino a mi mente fue el del reverendo Lic. Nicolás de los Reyes Duarte Anaya. Así, entonces, yo trabajé el contenido y desarrollo de las conferencias y él elaboró y desarrolló los talleres de trabajo.

Doy gracias a Dios porque los organizadores del evento me dieron la temática general: *Teología de la Oración, Corrientes contemporáneas de la Oración, y Orando en el Espíritu y con el Entendimiento.*

Tenía la temática general, pero ahora me correspondía buscar el contenido. Después de orar, investigar y reflexionar encontré, finalmente, el contenido que debía darle a la temática.

El libro que entrego hoy en sus manos, amable lector, es el resultado de esa invitación y de ese evento. Después de dictadas las conferencias me di a la tarea de ampliar los conceptos, aquí presentados, y de profundizar los contenidos.

Hoy estoy persuadido de que el evangelicalismo popular de habla hispana necesita trabajos como éstos para profundizar y discernir la piedad y la espiritualidad. Dado que en nuestro contexto latinoamericano cunde lo banal y los estereotipos teológicos y eclesiales, se hace necesario orientar adecuadamente a nuestra feligresía para ayudarla a comprender mejor la esencia del cristianismo. Espero que este libro contribuya a lograr ese propósito. La seriedad de los ejercicios espirituales y profundidad que deben acompañar las reflexiones teológicas han cedido su lugar, peligrosa e inquietantemente, a diferentes tendencias, posturas y modas contemporáneas, las cuales lejos de honrar el evangelio de Jesucristo lo trivializan.

Así que en hora buena vino la invitación, ya que me hizo reflexionar y tratar de contribuir al fortalecimiento de los ejercicios espirituales (especialmente la oración) a partir de un enfoque bíblico-teológico.

Espero que este libro sea estudiado en instituciones teológicas, en “círculos de estudios”, en discipulados avanzados y formación de líderes, para discernir más profundamente aspectos importantes de la espiritualidad. Además, puede ser una pieza fundamental para entender la verdadera naturaleza de la prosperidad según la doctrina de la Biblia. Los creyentes necesitan mayor orientación respecto a nuevas tendencias religiosas que se suscitan en América Latina, y este libro puede ofrecer orientaciones válidas sobre la prosperidad, los pactos, la cosecha y la oración. Se desprende, entonces, que este libro debe ser estudiado “Biblia en mano” y en oración, para desentrañar las riquezas consignadas en él.

AGRADECIMIENTOS

Valga este espacio para externar mis profundos agradecimientos a los siguientes académicos:

Dr. David Ford

Teóloga María Isabel Serrano Vargas

Quienes muy gentilmente leyeron el manuscrito e hicieron acertadas reflexiones y pertinentes sugerencias, las cuales enriquecieron considerablemente el contenido de este libro. A ellos va mi gratitud y aprecio.

INTRODUCCIÓN

Dos de los ejercicios espirituales más importantes del cristiano son: el estudio concienzudo de las Sagradas Escrituras y la oración. Esta última es mucho más que un ejercicio, es una filosofía de vida, es un estado permanente de contacto y comunión con Dios, toda vez que la vida consagrada a Dios y a su Reino es un estado permanente de oración.

A pesar de lo compleja y simple que es esta realidad, el cristiano término medio no se ha preocupado por profundizar, a partir de un estudio juicioso y serio de las Escrituras, lo concerniente a la oración. Si ella consume nuestra propia vida, agiganta la espiritualidad y muestra su eficacia en todos los actos del cristiano, deberíamos ser más cuidadosos en la comprensión que tenemos acerca de la misma.

En la primera parte de este libro procuraremos abordar, desde las Sagradas Escrituras, el fascinante mundo de la oración, pero antes quisiera, a manera de introducción, presentar algunas bases fundamentales de la oración, las mismas que están referidas a Dios, quien es el Gran Comunicador por antonomasia.

DIOS COMO POSIBILITADOR DE TODO ACTO DE COMUNICACIÓN

Varias imágenes acerca de Dios han circulado por la imaginación del hombre, lo cual ha privilegiado el hecho de que existan ideas distorsionadas acerca del Creador. Hay quienes lo visualizan como un ser escondido al género humano (*Deus absconditus* de los latinos, los griegos lo contemplaron como *agnóstos Theós*, ἀγνώστος θεός, Hch 17:23), y también hay imágenes corruptas acerca de Él, tales como las que ofrecen el Deísmo, la Teología del Proceso, la Teología de la Secularización, el Teísmo Abierto, el panteísmo y el monismo, estas dos últimas posiciones confunden la naturaleza con Dios.

Las Escrituras enseñan que Dios se ha comunicado con el hombre. Esa comunicación se conoce con el nombre técnico de Revelación. La única deidad plenamente revelada en todos los tiempos es Dios, Padre del Señor Jesucristo, quien se ha revelado al hombre (como Dios Trino) en la historia a través de dos instancias:

a) La revelación natural. Esta revelación se encuentra en la naturaleza y en las leyes que la rigen, las cuales manifiestan dos cualidades divinas: el poder eterno y la deidad de nuestro Dios. Pablo presenta esta verdad de la siguiente manera: “Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de Él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Ro 1:19, 20).

La revelación natural está acompañada de las leyes de la naturaleza, las cuales se encuentran consignadas en la conciencia del hombre y

en la misma naturaleza. Dios ha puesto parte de sus leyes naturales en el cosmos para que éste se rija por ellas, y otra parte la ubicó en la conciencia del hombre para que todos los seres humanos tuviéramos una noción primaria acerca de Dios, y de los principios básicos que rigen la vida moral de los individuos.

b) La revelación especial. Esta revelación Dios la entregó a los hombres a través de profetas, reyes, campesinos, pescadores, sabios, apóstoles y del mismo Cristo. La revelación especial contiene aquellas verdades eternas que la creación no puede revelar y que ni la conciencia ni el intelecto humano pueden descubrir intuitivamente (*a priori*), ni mediante elaboración racional (*a posteriori*).

La revelación (ἀποκάλυψις —*apokálypsis*) desde la perspectiva teológica connota auto-desvelamiento de Dios, es decir, se refiere al acto a través del cual Dios se quita el velo que lo mantiene oculto a la experiencia humana. El Dios escondido, el Dios desconocido, se hace visible al hombre, se da a conocer al ser humano a través del proceso comunicativo denominado revelación.

Cuando Dios se revela manifiesta cuatro grandes verdades: naturaleza de Dios y existencia de seres espirituales, la eternidad como realidad ultramundana (cielo, infierno/lago de fuego), naturaleza y destino del hombre y el sentido de la historia.

Cuando Dios se revela, manifiesta quién es Él, sus atributos, sus decretos, su voluntad, las exigencias que le hace al hombre, es decir, todo lo que éste necesita y está en condiciones de saber acerca de Dios. Tal conocimiento es suficiente para que el ser humano entre en comunión con Él y alcance la vida eterna.

Cuando Dios revela la naturaleza, procedencia, esencia y destino del hombre lo hace para que el ser humano conozca su devenir, sus fortalezas, sus profundas debilidades y contradicciones, para que descubra cuáles son las razones por las que el género humano lleva una vida miserable y cuáles son los dos posibles destinos que le espera a cada individuo en particular, y para que el hombre sepa qué provisiones Dios ha diseñado para redimir al género humano.

Cuando Dios revela el sentido de la historia lo hace para que el hombre conozca el origen del universo, contemple su grandiosidad y belleza, comprenda la honrosa participación que Dios le ha conferido al hombre en el decurso de la historia y cuál es la teleología de la misma.

EL PRIMER GRAN EVENTO DE COMUNICACIÓN DE DIOS

La Creación es un evento majestuoso y sublime, a través del cual Dios se da a conocer como Omnipotente. El *Gran Fiat Divino*, la portentosa obra de Dios, trae consigo un profundo sentido teológico, estético, ético, sublime, poderoso y eterno. Dios, al crear el cosmos, el tiempo y la historia se revela como Dios comunicable. Crea al hombre con capacidad comunicativa, pues le otorga el lenguaje como la expresión más elevada tanto de la racionalidad humana como de comunicación interpersonal no sólo del ser humano, sino de todos los seres que tienen la facultad de ser persona.

Dios dota al hombre de lenguaje, de razón, de sentimientos, de emociones, de afectos y de capacidad para confiar. Esta última le permite al hombre comunicarse con su prójimo, con los animales y con los elementos de la naturaleza. La expresión más sublime de comunicación la expresa el hombre en su relación con Dios, por medio de la oración.

COMUNICACIÓN EN LA REVELACIÓN DIVINA

Dios crea al hombre y se comunica con él y le confiere la gran responsabilidad de ser mayordomo y administrador de los recursos renovables y no renovables del planeta Tierra, y esto como una de las facultades del lenguaje. Esta tarea apunta, de suyo, a la *epiméleia* ecológica: nos comunicamos con la creación a través del trabajo y del cuidado ecológico que le prodigamos a la naturaleza.

Dios, como ser comunicativo y comunicable, entregó instrucciones precisas al hombre para su desempeño como administrador y mayordomo de la creación. Esas instrucciones aludían a las relaciones interpersonales, familiares, espirituales, morales, sociales y políticas del hombre. Ahora bien, como quiera que Dios “necesitaba” canales humanos de comunicación aptos, llamó a un grupo de hombres, quienes recibieron el apelativo genérico de profetas y apóstoles.

Hay dos textos que señalan el respeto que Dios siente por el ser humano, por lo cual le comunica sus decisiones:

Dios toma la determinación de destruir Sodoma y Gomorra. Pero antes de hacerlo, decide comunicarlo a Abraham: “Y Jehová dijo:

‘¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer, habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra?’” (Gen 18:17, 18).

El profeta Amós muestra el carácter comunicativo de Dios al expresar: “Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas” (Am 3:7).

Dios como soberano toma sus decisiones unilateralmente, sin embargo, las comunica al hombre antes de que su decisión se ejecute. Dios no consulta sus decisiones, pero este hecho no lo convierte en un ser arbitrario en la aplicación de las mismas, ya que las comunica previamente al hombre para que éste sepa lo que hará, y para darle la oportunidad de arrepentirse y evitar así el castigo si la decisión tiene que ver con acciones punitivas de parte de Dios.

Cada vez que nuestro Eterno Padre tomaba una decisión la comunicaba inmediatamente al pueblo hebreo a través de sus profetas para darle a la nación hebrea la oportunidad de arrepentirse y revocar, así, la determinación tomada. Esto se ve en toda la historia de Israel y en todos los libros proféticos.

Tanto Jesús como los apóstoles tenían un sistema eficiente de comunicación: no había secretos, no había mensajes a medias, no había mensajes confusos. En cierta ocasión Jesús declaró a sus discípulos: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (Jn 15:14, 15).

RECURSOS LINGÜÍSTICOS UTILIZADOS EN LA COMUNICACIÓN BÍBLICA

Tanto el Antiguo Testamento (AT) como el Nuevo Testamento (NT) utilizan diferentes recursos estilísticos para comunicar las verdades eternas. Dios ha demostrado ser un excelente comunicador, ya que siempre parte de lo conocido para enseñar lo desconocido. Las verdades eternas son ilustradas con escenas de la cotidianidad para que de manera simple podamos comprender lo que Él quiere enseñarnos. Con frecuencia Jesús usaba la parábola y la alegoría como recurso literario para expresar las verdades eternas del evangelio. Parábolas como la “Oveja Perdida” y el “Hijo Pródigo” ilustran el profundo amor de Dios a favor del hombre perdido. La parábola del “Buen Samaritano” enseña las responsabilidades sociales que tiene el hombre. Así, cada parábola toma una escena de la vida real para ilustrar una verdad eterna que Jesús quería enseñar.

Entre los recursos lingüísticos que la Biblia utiliza se encuentran: simbología, modismos, símil, pleonismo, metáfora, metonimia¹, sinécdoque², paralelismo, alegoría, parábola, personificación y paradoja. No obstante hay dos figuras literarias privilegiadas por las Escrituras. La Biblia está escrita prioritariamente en metáforas y paradojas.

Una metáfora es una figura literaria consistente en expresar en lenguaje figurado una idea de analogía o semejanza. Hay verdades que

¹ *Metonimia* consiste en designar una cosa con el nombre de otra que le sirve de signo o que indica una relación de causa efecto. Ejemplo: “A Moisés y a los profetas tienen” (Lc 16:29).

² *Sinécdoque* es la designación de un todo con el nombre de una de sus partes o viceversa. Ejemplo: alma para referirse a persona: “El alma que pecare, ésa morirá”.

sólo pueden ser expresadas a través de metáforas. Verdades como Dios es luz, Dios es amor, Jesús es el camino, y la verdad y la vida, Jesús el pan de vida, Jesús el buen Pastor, Jesús la puerta de las ovejas, etc., sólo pueden ser expresadas a través de metáforas para poder ser entendidas plenamente.

Una paradoja es una figura de pensamiento que consiste en emplear expresiones en las que hay una aparente contradicción. Un ejemplo de paradoja lo constituyen las siguientes palabras de Cristo: “El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (Mt 10:39). Metáfora y paradoja son dos figuras literarias eje alrededor de las cuales gira toda la revelación bíblica.

Todo lo dicho hasta aquí constituye un paradigma para el cristiano: si Dios es un ser que mantiene excelente comunicación con sus criaturas, nosotros debemos mantener un canal abierto de comunicación con Dios, con el otro, con la familia, con las instituciones y con la sociedad. El hombre es un ser abierto, lo que trae como implicación que siempre que establecemos contacto con otros, somos modificados por aquellos con quienes nos hemos relacionado. Ésta es una dinámica social establecida por Dios: el hombre se forma en sociedad, no en soledad. Nuestro ser fue constituido de tal manera que sólo tiene sentido cuando entramos en relación con Dios, con el otro y con lo otro.

La discusión que hemos presentado hasta ahora constituye el fundamento de la oración: oramos a Dios porque Él es un ser comunicable, eternamente amoroso, extraordinariamente comunicativo, ama el hecho de que sus hijos se le acerquen para dialogar francamente con Él. Por su parte, el hombre también es un ser comunicativo, abierto, modificable. Por tanto, cada vez que el cristiano ora, su ser es poderosamente modificado, transformado, transfigurado por Dios.

PRIMERA
PARTE

REFLEXIONES ACERCA DE LA ORACIÓN

De la introducción se desprende que tenemos suficientes bases para elaborar una teología bíblica de la oración. Dios es un ser comunicativo y comunicable. Esta cualidad la transfirió al ser humano en el día de su creación. Cuando Dios crea al hombre se comunica con él y éste participa de esa comunicación. Desde la creación del ser humano, Dios ha mantenido abierto el canal de comunicación a pesar de que el pecado imposibilitó al hombre para tomar la iniciativa de acercamiento al Dios Todopoderoso.

Es evidente, desde la perspectiva bíblica, que Dios ha hecho ingentes esfuerzos por comunicarse con el género humano, pero el pecado ha levantado una gran barrera entre el Creador y aquel que fue hecho a su imagen y semejanza. La transgresión humana volvió sordo al hombre frente a la voz de Dios, por lo que la comunicación entre Dios y hombre ha tenido muchos tropiezos. Siendo así las cosas, es decir, las dificultades comunicacionales que hay entre Creador y criatura, ¿cómo llega el hombre a conocer a su Hacedor? Esta pregunta epistemológica exige una adecuada comprensión de:

a) el saber que le ha sido otorgado al hombre a través de la revelación divina. Esa adquisición de conocimiento convierte al hombre no en su agente sino en su paciente, como dijera Gabriel Marcel, el hombre no es su “propietario, sino sólo depositario”,¹ y

¹ MARCEL, Gabriel. *Homo viator: prolegómena a una metafísica de la esperanza*. Trad. María José de Torres. Sígueme, Salamanca 2005, p. 31.

b) el saber adquirido por el hombre a través de la ciencia, la tecnología, las humanidades y el arte. En este segundo caso el hombre es su gestor. Aquí hay un elemento paradójico, ya que todo lo que el individuo tiene es un don otorgado por la Divina Providencia, aun el conocimiento que adquiere por su “autogestión” es el resultado de una posibilidad epistemológica dada por Dios, quien crea la materia, la cual se convierte en objeto de estudio (objeto cognoscible); Dios le otorga al hombre el don de la razón, por la que éste se torna en sujeto cognoscente. Entre uno y otro están las mediaciones epistemológicas, las cuales permiten al hombre convertir el conocimiento positivista en conocimiento científico.

Sin la intervención directa de Dios el hombre no podría tener un adecuado conocimiento de Él, por esa razón el Eterno e Insondable ha descendido al plano humano para entablar comunicación con el hombre. Esa comunicación se da en forma de revelación. ¿Es posible que el hombre comprenda el auto-desvelamiento divino? Las diversas barreras existentes en el sujeto humano y en su entorno geográfico, histórico, social, cultural y lingüístico han propiciado en él una incapacidad para comprender a cabalidad esa revelación.

Al hablar del carácter comunicativo de Dios, Manuel Trevijano escribió lo siguiente: “La semiótica nos enseña que en todo mensaje hay un emisor, en este caso Dios, un receptor, aquí el ser humano, y un código creado por el primero y comprendido por el segundo. La gran dificultad de la revelación divina está en este ‘comprendido’, y más cuando tenemos en cuenta que la Palabra de Dios no se dirige a un hombre, o a una comunidad concreta, en un momento determinado, sino que quiere alcanzar a todos los hombres en todos los tiempos”.² Para salvar este impedimento, Dios otorgó a su Iglesia y al creyente al Espíritu Santo, el cual guiará al cristiano a toda la verdad.

A partir de la caída, Dios toma la iniciativa para acercarse, comunicarse y reconciliarse con el hombre. Ahora bien, la forma más eficaz que tiene el hombre para entrar en contacto con Dios la constituye la oración. No obstante, debemos ser muy cautelosos en nuestra comprensión de la misma.

² TREVIJANO ETCHEVERRIA, Manuel. *Fe y Ciencia: Antropología*. Sigueme, Salamanca 1996, p. 82.

Cuando hablamos de oración tenemos que preguntarnos: ¿qué es orar y qué es una oración? Normalmente cuando alguien habla de oración se refiere al acto por medio del cual el orante le da a conocer a Dios sus peticiones y, según una postura muy popular, orar es conversar con Dios.

¿Será que la oración se reduce a una simple plática con Dios y a la presentación de un pliego de peticiones que le hacemos a nuestro Padre? ¿Podemos sostener estos dos puntos de vista a la luz de la Biblia, o realmente la oración abarca mucho más que eso? Muchas veces, en nuestra experiencia diaria, lo que denominamos platicar con Dios o comunicarnos con Él no es más que un simple monólogo previamente elaborado. Me explico: con frecuencia nos acercamos a Dios para comunicarle todo lo que está anidado en nuestro corazón. Descargamos en Él todas nuestras cuitas, nuestras desesperanzas, nuestros más caros anhelos, nuestros miedos, temores, etc., y una vez que hemos hecho esto nos levantamos del sitio donde habíamos estado prosternados, no sin antes haberle dado gracias por habernos escuchado. Pero en la mayoría de los casos no esperamos, en quietud y sosiego, la divina respuesta. Es decir, tan pronto terminamos nuestro discurso nos levantamos del santuario de oración, en lugar de quedarnos ahí esperando lo que nuestro Padre tiene que comunicarnos, para discernir su Palabra y encontrar respuestas en ella. A esta tendencia llamo monólogo, debido a que es una sola persona la que habla, mientras que a Dios (quien debería ser nuestro interlocutor) le otorgamos el modesto papel de simple oyente.

Por otra parte, la oración se convierte en un pliego de peticiones en el sentido que llegamos a Dios con todas nuestras cuitas encima y se las descargamos a Él, luego le damos las gracias y nos levantamos del sitio de oración. Es como si Dios fuera el patrón y nosotros los trabajadores peticionarios.

Es oportuno aquí retrotraer las palabras de Martín Lloyd-Jones, quien escribió lo siguiente:

La oración es, sin lugar a dudas, la actividad más elevada del alma humana. El hombre nunca es más grande que cuando, de rodillas, se halla frente a frente con Dios. No es que queramos perder el tiempo en comparaciones vanas. La limosna es excelente, es una actividad noble, y el hombre que se siente guiado a ayudar a los demás en

este mundo y que responde a esta dirección, es un hombre bueno. También el ayuno en sus varias formas es una actividad elevada y noble... El hombre que se disciplina a sí mismo sobresale y posee la señal de la grandeza; es algo muy importante que el hombre discipline su vida en todo tiempo; y en ocasiones especiales, que adopte medidas excepcionales para su bien espiritual. Estas cosas, sin embargo, palidecen en su significado cuando uno contempla al hombre en oración. Cuando el hombre habla a Dios está en la cima. Es la actividad más elevada del alma humana, y en consecuencia, es también la piedra de toque final de la condición espiritual genuina del hombre. Nada hay que nos revele mejor la verdad sobre nosotros, en cuanto personas cristianas, que la vida de oración. Todo lo que hagamos en la vida cristiana es más fácil que orar. No es tan difícil dar limosna —el hombre natural también hace eso, y uno puede poseer un verdadero espíritu de filantropía sin ser cristiano—... En último término, por consiguiente, el hombre descubre la verdadera condición de su vida espiritual cuando se examina a sí mismo en privado, cuando está a solas con Dios.³

³ LLOYD-JONES, Martin. *El Sermón del Monte*. Tomo 2. Trad. José María Blanch. El Estandarte de la Verdad, Barcelona 1991, pp. 57, 58.

LA PARADOJA DE LA ORACIÓN

La oración siempre será un evento paradójico. Es paradójico porque, por un lado, Dios es un ser omnisciente, soberano y poseedor de múltiples atributos, entre los cuales se encuentra la *prógnosis*; por otro lado, el hombre es un ser dependiente y finito. Dios como omnisciente todo lo escruta, todo lo escudriña, todo lo sabe. Como soberano, su voluntad se ejecuta. Frente a estos atributos divinos, ¿qué opciones tiene el hombre? Prácticamente ninguna, a no ser que Dios las posibilite. Si Dios lo sabe todo, ¿por qué debemos pedirle? Si ha tomado decisiones de antemano, ¿qué sentido tiene pedir sobre lo que Él ya ha decidido? ¿Acaso el hombre puede hacer que Dios revoque una decisión soberanamente tomada? Si Dios conoce nuestras necesidades (Mt 6:8; Lc 12:30), ¿por qué debemos pedirle cuando Él sencillamente puede cubrir nuestras necesidades? Antes de proceder a responder estas preguntas afirmemos la importancia que tiene la oración, a través de una nota extraída de Bruce Milne: "...la historia cristiana confirma claramente que una vida en la que la oración es un ejercicio regular y serio es una vida que conocerá mucho de la paz y el poder de Dios".¹

Volviendo a la pregunta problematizadora, Wayne Grudem plantea el siguiente interrogante: ¿por qué Dios quiere que oremos? La pregunta la resuelve desde tres perspectivas:

Primera perspectiva: Expresión de confianza.

La oración no está hecha para que Dios pueda enterarse de lo que necesitamos... Dios quiere que oremos porque la oración expresa

¹ MILNE, Bruce. *Conocerán la verdad: un manual para la fe cristiana*. Trad. Elma Flores. Puma, Bogotá 2008, p. 365.

nuestra confianza en Dios y es un medio por el cual nuestra confianza en Él puede aumentar. De hecho, tal vez el énfasis primordial de la enseñanza de la Biblia sobre la oración es que debemos orar con fe, lo que quiere decir confianza o dependencia en Dios. Dios, como nuestro Creador, se deleita en que confiemos en Él como sus criaturas, porque una actitud de dependencia es la más apropiada para las relaciones entre el Creador y la criatura. Orar en humilde dependencia también indica que estamos genuinamente convencidos de la sabiduría, amor, bondad y poder de Dios, y ciertamente de todos los atributos que forman su excelente carácter.²

Segunda perspectiva: Fortalecimiento de la comunión con Él.

Pero Dios no sólo quiere que confiemos en Él. También quiere que le amemos y tengamos comunión con Él. Esto, entonces, es una segunda razón por la que Dios quiere que oremos: la oración nos lleva a una comunión más honda con Dios, y a Él le encanta y se deleita en nuestra comunión con Él.³

Tercera perspectiva: Intervención en los planes de Dios.

En la oración Dios nos permite, como criaturas, participar en actividades que son de importancia eterna. Cuando oramos, la obra del Reino avanza. De esta manera, la oración nos da la oportunidad de intervenir de una manera significativa en la obra del Reino, y así dar expresión a nuestra grandeza como criaturas hechas a imagen de Dios.⁴

De alguna manera, la oración y el acto de orar constituyen una paradoja. Dios puede cambiar una decisión que previamente había tomado, movido por la oración intercesora de sus hijos. El acercamiento a la paradoja de la oración y a la pregunta formulada debe hacerse desde varias perspectivas, además de las ya vistas:

² GRUDEM, Wayne. *Teología Sistemática*. Trad. Miguel Masías, José Luis Martínez y Omar Díaz. Vida, Miami 2007, p. 394.

³ *Ibid.*, p. 395.

⁴ *Ibid.*, p. 395.

Dios como ser de relación y de amor. Dios en su esencia es un ser cerrado, toda vez que, a despecho de lo que enseñan tanto la Teología del Proceso como el Teísmo Abierto, el ser de Dios no es modificado, su conocimiento no es afectado, ni sus decisiones soberanas son influidas por nadie. Sin embargo, cuando se relaciona con el universo y las criaturas que lo habitan, se torna en ser abierto a sus criaturas, es decir, como ser relacional es un ser abierto, por lo que está disponible a todas y a cada una de sus criaturas, esto lo afirma el Sal 104:25-28: “He allí el grande y anchuroso mar, en donde se mueven seres innumerables, seres pequeños y grandes. Allí andan las naves; allí este leviatán que hiciste para que jugase en él. Todos ellos esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo. Les das, recogen; abres tu mano, se sacian de bien”. De este texto se desprende que Dios se relaciona con todos y cada uno de los seres que ha creado. Ninguno, absolutamente ninguno, escapa de su control, de su autoridad y de su soberanía. Dios, pues, es un ser relacional y comunicativo. Como persona abierta a su creación, especialmente al hombre, no escatima ningún esfuerzo por relacionarse con el hombre y porque éste se comunique con Él. Una de las mediaciones comunicativas es la petición.

Dios podría, sencillamente, otorgarle al hombre todos los favores divinos diseñados para su beneficio sin que éste acudiera a Él en oración. Debo reconocer que muchas veces esto ocurre sin que nosotros demos cuenta o seamos conscientes de nuestras necesidades⁵. Sin embargo, anhela profundamente que entremos en comunión con Él, que entremos en intimidad con Él y en medio de esa intimidad le pidamos todo lo que necesitamos. Nuestras peticiones a Él son indicio de nuestra cercanía, confianza, compañerismo, además de reconocerlo como Padre, Sustentador y Providente.

El inmenso amor de Dios lo lleva a anhelar que sus criaturas débiles, frágiles, necesitadas del favor celestial acudan a Él y le expresen todo lo que está en sus corazones y mentes. Es la actitud amorosa de un padre que espera que su hijo se siente en su regazo y le comente los

⁵ En muchísimas ocasiones Dios contesta oraciones no elevadas, responde peticiones no formuladas, nos otorga sus favores sin que se lo solicitemos. Creo que esto es así debido a que el hombre no conoce la magnitud de sus necesidades y de su tragedia humana. Así que Dios suple esas carencias sin que el hombre se dé cuenta de su necesidad.

acontecimientos del día, sus frustraciones y alegrías, logros y fracasos, temores y sueños, y le comunique sus necesidades. Pero no sólo le comunique lo que ya se ha expresado, sino que busque la protección, mimos, caricias y la comprensión de su padre. En ese momento de intimidad el hijo se siente en libertad de confesarle a su padre sus faltas y errores, sabiendo que no recibirá juicio de parte de Él sino orientación, corrección, consejo y amor. En ese tipo de relación no hay utilitarismo, no hay cosificación, no hay manipulación, no hay actitud ventajosa en ninguna de las partes. Sólo hay comunión y amor expresivo.

Así las cosas, Dios anhela palpitantemente que cada criatura, que cada hijo suyo acuda a Él para ser mimado, acariciado, escuchado, comprendido, sorprendido, perdonado, protegido y orientado por su Amantísimo Padre Celestial. Aquí no sólo se trata de pedir. Se trata de entrar en profunda y dinámica comunión con Dios.

Ésta es una de las razones por las cuales Dios, quien conoce nuestras necesidades y quien está dispuesto a obrar en nuestro favor sin que nosotros se lo pidamos, anhela que le pidamos todo lo que necesitamos. Desea que le comentemos nuestros pesares, temores, miedos, sueños y profundos anhelos.

Dios como ser providente. Otro acercamiento que complementa al anterior está referido a la Providencia divina. A Dios le agrada que le pidamos, porque con ese gesto estamos reconociéndolo como *Yahweh Yiré*, como Dios proveedor y sustentador no sólo de su creación sino del individuo en particular. Cuando se le pide a un superior se está reconociendo que Él tiene la potestad, los medios y la voluntad de suplir nuestras necesidades. Esto constituye, a ultranza, un acto de adoración, ya que el cristiano genuino se acoge a la providencia y a la bondad de Dios. Así que cada petición nuestra afirma que Dios es amoroso y bondadoso, que nos extiende su gracia y que es el dueño absoluto de todo cuanto existe.

El Salmo 104 constituye un poema a la providencia de Dios. Ese hermoso poema, de manera muy gráfica, dibuja la forma en la que Dios sustenta su creación como ser providente.

Este salmo presenta una de las verdades más sublimes que se consignan en la Palabra de Dios. La Biblia presenta a Dios como *Yahweh*

*yiréh*⁶, es decir, como Dios proveedor o Dios providente. La providencia de Dios está en íntima relación con su omnipresencia y su omnisciencia. La mirada escrutadora de Dios todo lo escudriña, todo lo penetra y todo lo transparenta, y su providencia es el cuidado que Él tiene de todo lo que está bajo su mirada penetradora.

Parecería que el Salmo 104 fuera una ampliación del concepto de providencia que se encuentra en Gen 1. Mientras Génesis identifica el acto creador, soberano y todopoderoso de Dios, el Sal 104 señala el cuidado que Dios tiene de su creación. Es como si el Sal 104 fuera una explicación o un comentario que, desde la doctrina de la Providencia divina, se hiciera del acto creador registrado en Gen 1.

Bendice, alma mía, a Jehová. Jehová Dios mío, mucho te has engrandecido; te has vestido de gloria y de magnificencia. El que se cubre de luz como de vestidura, que extiende los cielos como una cortina, que establece sus aposentos entre las aguas, el que pone las nubes por su carroza, el que anda sobre las alas del viento; el que hace a los vientos sus mensajeros, y a las flamas de fuego sus ministros. Él fundó la tierra sobre sus cimientos; no será jamás removida. Con el abismo, como con vestido, la cubriste; sobre los montes estaban las aguas. A tu reprensión huyeron; al sonido de tu trueno se apresuraron; subieron los montes, descendieron los valles, al lugar que tú les fundaste. Les pusiste término, el cual no traspasarán, ni volverán a cubrir la tierra. Tú eres el que envía las fuentes por los arroyos; van entre los montes.⁷

Este salmo, de manera poética, expresa la soberanía que Dios ejerce sobre su creación. En este salmo se explica la afirmación que David había hecho en el Sal 24:1, 2: “De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan: Porque él la fundó sobre los mares, y la afirmó sobre los ríos”. El mundo es de Dios por creación, por posesión y por redención. Dios es rey y señor de todo cuanto ha creado. El Omnipotente y Soberano Dios ejerce pleno dominio de, absolutamente, todo. El Sal 24 afirma inequívocamente que el mundo es de Dios. Y el Sal 104:1-10 muestra la forma como Dios ha ordenado todo.

⁶ *Elohim yireh*, אֱלֹהִים יִרְאֶה, en Gen 22:8). *Yireh*, יִרְאֶה viene del verbo רָאָה, *ra'ah*, que significa: ver, mirar, atender, visitar, elegir y cuidar de.

⁷ Sal 104:1-10.

El salmo comienza con una autoinvitación del salmista a alabar a Dios: “Todo mi ser alabe a Dios”, luego procede a mostrar la grandeza de Yahweh: Él es grande en sí mismo: nadie lo ha hecho grande, Él por sí mismo y por su naturaleza es grande; uno de sus atributos inherentes es la grandeza, la cual está asociada con su inmensidad e infinitud. Su inmensidad está asociada, en este salmo con su esplendor y belleza. Así que este salmo muestra un carácter estético de Dios: “Te has vestido de gloria y de magnificencia”. Al examinar este versículo en el idioma hebreo nos damos cuenta de que la terminología utilizada por el salmista es muy rica.⁸ De manera poética el salmista afirma que Dios tomó la belleza, la magnificencia, la majestad y se ornamentó con ellas, se vistió con ellas. La realeza de Dios se caracteriza, en este salmo, por su majestad y belleza. Todo el firmamento, toda la creación manifiesta la grandeza, soberanía y majestad de nuestro Dios.

Afirma, además, el salmista que Dios “se cubre de luz como vestidura”. Esta descripción es interesante debido a que el texto en hebreo está afirmando que Dios tomó la luz y se cubrió con ella (*‘oteh-or kashalmah*, עֲטָה־אוֹר כִּשְׁלֵמָה), como cuando uno se envuelve en un manto. La luz está al servicio de Dios, para manifestar su belleza y esplendor.

Después de registrar la inconmensurable belleza de Dios, el salmista procede a enumerar la soberanía de Dios sobre todo lo creado:

a) Dios gobierna los cielos de acuerdo con su propósito. El universo no se puede resistir a la voluntad soberana de Dios. El hebreo dice que Dios inclina los cielos como si fuera una cortina.

b) Las nubes, las aguas y el viento son elementos a través de los cuales Dios se moviliza. Los vientos son sus mensajeros y el fuego es su servidor. Éstas no son simples metáforas. Son una manera de expresar lo que Dios ha hecho: por ejemplo, Dios ha hablado desde las nubes, las aguas destruyeron el ejército del Faraón de Egipto, los vientos trajeron las pestes a Egipto, el fuego ha sido instrumento de castigo, como en el

⁸ Por ejemplo, la palabra que se traduce como “esplendor”, *hod*, הוֹד significa “esplendor, majestad, vigor y belleza”. Y la expresión que se traduce como “belleza”, es la traducción de una palabra hebrea, *hâdâr*, הָדָר que al español se traduce “ornamento”, “honor” y “esplendor”.

caso de Sodoma y Gomorra. Estos elementos de la naturaleza son utilizados por Dios en el ejercicio legítimo de su poder y de su soberanía.

c) Dios estableció leyes físicas de tal eficiencia y contundencia que no serán alteradas: las leyes de rotación y traslación de la Tierra obedecen a la ley natural que Dios estableció a nuestro planeta. Dios le fijó leyes al mar para no desbordarse permanentemente. Los elementos de la naturaleza no tienen facultad ni poder para desobedecer las leyes de Dios.

La soberanía de Dios se expresa en todos los elementos de la naturaleza: en la majestuosidad del sol, en una noche pleniluniana, en las rutilantes estrellas, en la inmensidad del mar. Es más, aun el mítico y aterrador leviatán encuentra espacio para jugar en el mar.

La providencia divina nos recuerda que el mundo es Dios (Sal 24:1), y lo es por creación, redención y posesión. Dios ejerce no sólo su soberanía sobre la creación, sino que la bendice con su pródiga providencia. Dios cuida de toda su creación de manera amorosa y soberana. Como soberano, dirige todas las fuerzas de la naturaleza. Dios ejerce su control soberano sobre los animales, los elementos de la naturaleza, los acontecimientos de la historia, sobre todo lo creado tanto en el tiempo y en el espacio como en la eternidad. Ningún acontecimiento histórico escapa del control de Dios. Este salmo muestra la necesidad de la afirmación del indeterminismo. Quienes se adscriben a esa postura afirman que el mundo no está controlado por ningún poder externo a él mismo. Dios, efectivamente, controla el mundo, aunque las apariencias prediquen lo contrario.

El Salmo 104 describe la forma en la que Dios gobierna el universo y extiende su cuidado a todas sus criaturas. Dios tiene especial cuidado con sus criaturas: a) Dios llena los arroyos de agua para que las bestias del campo y los asnos monteses se refresquen y calmen su sed. b) En las orillas de los arroyos habitan las aves. c) Dios refresca los árboles con el rocío de la noche. Toda la tierra se sacia del bien de Yahweh. d) Yahweh hace producir el heno para la alimentación de las bestias. El hombre extrae su alimentación del campo. e) Los árboles extraen su alimento de la tierra en forma de savia. En los árboles anidan las aves. f) En los montes altos habitan las cabras monteses, y en las peñas, los tejones hacen sus madrigueras. g) Enseña una verdad muy impactante y es ésta: Dios hizo

el día para que en él los hombres trabajen y en las noches los animales no sólo se alimentan sino que jueguen. Mientras el hombre trabaja de día, los animales salvajes descansan en sus madrigueras, y mientras el hombre descansa en las noches, las fieras del campo realizan sus actividades. De esta manera Dios evita grandes conflictos entre los hombres y los animales salvajes.

Así se preservan las diferentes especies, según la ley y providencia divinas. Cuando el sol sale, los animales se repliegan a sus diferentes sitios y los hombres salen a sus labores: “Hizo la luna para los tiempos; el sol conoce su ocaso. Pones las tinieblas, y es la noche; en ella corretean todas las bestias de la selva. Los leoncillos rugen tras la presa, y para buscar de Dios su comida. Sale el sol, se recogen, y se echan en sus cuevas. Sale el hombre a su labor, y a su labranza hasta la tarde” (Sal 104:19-23). Dios hizo el mar y las aguas como el hábitat natural de los animales marinos y de los seres acuáticos. Todas las criaturas esperan de Dios su alimento: “Todos ellos esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo. Les das, recoges; abres tu mano, se sacian de bien”.

Con lo que aquí estamos afirmando de ninguna manera estamos enseñando la doctrina determinista. Dios no anula la responsabilidad humana, ni irrespetea la libertad que Él mismo le dio al hombre, por esa razón trata de impedir, persuasivamente, los abusos cometidos por el ser humano. Cuando el individuo, en su obstinación, persiste en hacer algo malo, Dios le permite ejecutar los designios de su corazón. Así que los males causados por el hombre, son de exclusiva responsabilidad humana.

La creación depende absolutamente de su Creador. El carácter providente del Altísimo es tal que si Dios, por alguna circunstancia, desatendiera su creación por milésimas de segundo, el universo colapsaría: “Les das, recoges; abres tu mano, se sacian de bien. Escondes tu rostro, se turban; les quitas el hálito, dejan de ser, y vuelven al polvo. Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra. Sea la gloria de Jehová para siempre; alégrese Jehová en sus obras. Él mira a la tierra, y ella tiembla; toca los montes, y humean” (Sal 104:28-32).

Dios es especialmente providente para el hombre. Su providencia se expresa en el cuidado, en la manutención, y en los beneficios que recibimos de la creación. Jesús dijo que Dios hace salir su sol sobre

buenos y malos. Buenos y malos recibimos el aire y sus beneficios, buenos y malos nos beneficiamos de la lluvia, de los ríos, del trinar de las aves, de la belleza del paisaje, de la majestuosidad de las montañas, del aroma de las flores, de las noches de plenilunio, de las noches estrelladas, y de la bondad y la providencia divinas.

Dios ha entregado al ser humano los beneficios de la creación y más específicamente de los recursos tanto renovables como no renovables. Dios entregó, a través de Adán, al hombre toda la riqueza que hay en el planeta Tierra. La pobreza que hay en el mundo no obedece ni a la voluntad de Dios ni a su ley divina: Dios no ordenó que hubiera ricos o pobres. Esta clasificación obedece a la perversidad de la raza humana. No es la voluntad de Dios que familias enteras se acuesten con hambre o que pasen el día sin ingerir alimentos. Esta situación es producto de nuestra maldad.

A pesar de la voracidad humana y de la apostasía de nuestra raza, Dios continúa y continuará teniendo cuidado de cada uno de nosotros. Dios cuida a todos los hombres y da de comer a cada uno. Tal vez frente a estos asertos surjan las preguntas ¿entonces por qué existe violencia, hambre y depredación humana?, ¿por qué Dios lo permite? Debemos recordar que el hombre es un ser moralmente libre, y como tal, actúa. Dios en su soberanía y en sus decretos eternos determinó que el hombre tuviera libertad y que como ser moral diferenciara lo bueno de lo malo y obrara de acuerdo con ese discernimiento. Cuando el hombre hace el mal tiene conciencia plena de su elección. Hacer el mal o hacer el bien es cuestión de elección. Dios frecuentemente nos está alertando acerca de las consecuencias de hacer el mal y de los beneficios que trae hacer el bien. A veces, utiliza situaciones muy angustiantes y consecuencias muy duras, para persuadirnos de no hacer el mal, pero el hombre en su obstinación elige el mal, a pesar de las horribles consecuencias que tenga que afrontar. Las consecuencias que trae el mal son una acción amorosa y providente de Dios para amonestarnos a no practicar el pecado.

Dios fue, es y será providente. Dios hizo una promesa a la raza humana, a la cual jamás faltará: “Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche” (Gen 8:22). Esa promesa hecha a la raza humana es coextensiva al individuo.

Este Coloso Providencial, extremada e inmensamente amoroso y bondadoso quiere que le pidamos en reconocimiento de su providencia.

Expresa dependencia en Dios. La dependencia entre los seres humanos llega a ser inconveniente, ya que obtura las iniciativas y la creatividad del individuo. La relación, por tanto, entre los seres humanos no debe ser de dependencia sino de interdependencia. Todos dependemos de todos, dada nuestra naturaleza finita y nuestra condición precaria. La dependencia causa paternalismo y éste es fuente de abusos y de sometimiento servil del otro. Si todos dependemos de todos nos ubicamos en una relación sana de igualdad y de cooperación recíproca.

Pero cuando el cristiano se relaciona con Dios, el asunto cambia radicalmente. La naturaleza humana es tal que el individuo depende de Dios para poder subsistir. La dependencia por parte del hombre de Dios es salvífica, liberadora y a la vez transformadora, ya que nos libera de todas las fuerzas opresoras que subyugan al ser humano. En este contexto cobran inusitada vigencia las palabras de Cristo: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres... Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Jn 8:31, 32, 36). Si dependemos de Dios nos libera de nuestras propias pasiones, de fuerzas opresoras y guía nuestro sendero.

Cuando pedimos a Dios reconocemos, consecuentemente, que Él es autosuficiente, confiamos en Él y dependemos de Él. La dependencia de Dios subsume nuestro ser en la misma persona de Dios, y de esa forma nuestra vida encuentra sentido y halla dirección.

Naturaleza polisémica de la oración. Otro acercamiento que debemos darle a nuestra pregunta es la naturaleza polisémica de la oración. Hemos visto que la oración tiene muchos elementos concomitantes, tales como acción de gracias, alabanza, arrepentimiento, confesión de pecados, humillación, silencio, euforia, quietud y peticiones. El acto de pedir es parte constitutiva e inalienable de la oración, por tal motivo, a Dios le place que sus hijos se acerquen a Él en actitud petitoria.

¿Acaso pedir es malo? El acto de pedir comporta vulnerabilidad, dependencia, fragilidad, necesidad y humildad de parte del peticionario.

El acto de pedir combate la soberbia, la arrogancia y la autosuficiencia en el sujeto peticionario. Si pedir puede resultar positivo, también puede convertirse en una conducta viciada y cínica, además de manifestar dependencia servil y alienante. Me explico: cuando pedir al prójimo se convierte en un estilo de vida y en una conducta consuetudinaria resulta muy dañino para el sujeto peticionario, además de obturar toda posibilidad de desarrollarse como sujeto productivo. Cuando el cristiano se acerca a Dios de manera irreverente, soberbia y cínica para hacerle demandas y reclamos, ese acto es peligrosamente inconveniente; en cambio cuando lo hace con reverencia, con humildad y con claras evidencias de necesidad y de vulnerabilidad, su ser se agiganta y encuentra en la Fuente Prístina las respuestas que su alma anhela.

Explora nuevas posibilidades. Cada vez que entramos en la presencia de Dios en oración gozamos del beneficio de explorar nuevas posibilidades, nuevas perspectivas, se amplía el espectro de nuestro conocimiento, se agiganta nuestro ser, conocemos nuevas realidades, un nuevo mundo se abre a nuestros pies, podemos presenciar la realidad divina expuesta delante de nosotros. Pedir a Dios en oración es una gran bienaventuranza y es una experiencia sublime, aun cuando no seamos conscientes de todos los alcances de ese acto.

Dios quiere que profundicemos nuestro conocimiento, que nuestras potencialidades se multipliquen que nuestras experiencias se amplíen y que nuestro ser crezca. Por estas razones nos invita a entrar en su presencia, para tener todas estas experiencias.

Es una experiencia sublime el hecho de que el Eterno Dios conteste nuestras peticiones, concediéndonos lo que humildemente le pedimos. Es tremendamente impactante el hecho de que el Creador del Universo, el Todopoderoso, el Omnisciente, Omnipotente y Omnipresente Dios, quien todo lo sabe y todo lo puede le preste atención a seres tan débiles e impotentes como nosotros. Él quiere que nosotros sintamos su amor, cuidado y protección. Por eso nos invita a clamarle a Él.

Trae beneficio a otros. Una de las orientaciones que toma la oración es la intercesión, es decir, el clamor que hacemos a favor de terceras personas. Cuando oramos e intercedemos en oración por otros, estamos mediando para que la bendición y cuidado de Dios se extienda a otros.

Así que nuestras súplicas favorecen a aquellos por quienes intercedemos ante el Trono de la Gracia.

Las oraciones vicarias son redentoras, en tanto que se solicita a Dios redima a la persona por quien estamos intercediendo. Esa persona experimenta el favor de Dios. Por otra parte, cuando pedimos algo a Dios estamos invitando a todos los hombres a hacer lo mismo y a reconocer que Dios es un ser amoroso, que le gusta comunicarse con los hombres y que ama el hecho de que los hombres se comuniquen con Él y que entren en su presencia para recibir su perdón, para recibir su orientación, para obtener su favor y para gustar de su benevolencia.

Expresa amistad con Dios. Hay una relación inescindible entre petición, respuesta a nuestra petición, gratitud y amistad permanente con Dios. La petición abre el camino a la respuesta divina a nuestras plegarias, la respuesta a nuestras oraciones abre paso a nuestra gratitud y confianza, y la confianza da paso a la amistad con Dios. Cuando se da la amistad con Dios suceden dos cosas: a) lo obedecemos y b) Dios nos comunica su consejo y sus decisiones. Jesús hizo la siguiente declaración: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (Jn 15:14, 15).

La oración es un gran medio de entablar una relación de amistad con Dios. Es dentro de esta relación de amistad que Yahweh exclamó: “Clama a mí, y yo te responderé, te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces” (Jer 33:3).

La oración es una fuente epistemológica muy importante para el cristiano, ya que abre nuevas vías de conocimiento tanto relacional como teórico de las cosas divinas. La oración abre paso a la amistad con Dios. Esa amistad posibilita que el creyente adquiera conocimientos profundos, que de otra manera no podría conseguir. Ésta es tal vez una de las razones más poderosas por las que Dios anhela que le pidamos en oración.

Porque en la presencia de Dios el cristiano es transfigurado. Dios es un ser transfigurador y transformador por excelencia. El cosmos (la creación) es el resultado del gran *fiat* divino: la *creatio ex nihilo* es tes-

tigo de la potencia divina. Lo que *no era* llega a *ser* por la voluntad y el gran poder de Dios. El *no-ser* se transfigura en *ser*, el caos (*tohu wa bohu*) se transfigura en orden, en armonía, en cosmos. Un clan de nómadas (la familia de Abraham) se convierte en una gran nación que ha alcanzado trascendencia mundial y ha hecho significativos aportes a la raza humana y a la historia de las naciones. Dios en sí mismo es un ser generador de posibilidades, de existencias, de profundas y extensas transformaciones.

La presencia de Dios es profundamente transformadora y transfiguradora. Hay varios ejemplos en la Biblia donde se puede ver la dinámica transformadora y transfiguradora de Dios.

Él transforma lo vil en grandeza, Él transmuta el corazón perverso del hombre en un corazón santo. Lo inútil lo convierte en útil. Un ejemplo de esta transmutación lo encontramos en uno de los personajes centrales de la Epístola a Filemón, denominado Onésimo. Según Pablo, este personaje fue en otro tiempo un ser poco útil, inútil, ájreston (ἄχρηστον⁹), pero ahora al ser confrontado con la Cruz se transfiguró en un ser útil, *eújreston*, (εὐχρηστον¹⁰ Flm 1:10, 11).

No tenemos todos los detalles acerca de en qué sentido Onésimo le fue inútil a Filemón. El verso 18 parece sugerir que Onésimo había cometido un ilícito y huyó posteriormente, por lo cual fue a dar a la cárcel donde estaba prisionero Pablo (v 10) y donde se originó su transformación total. Karl Staab interpreta de la siguiente manera el ilícito cometido por Onésimo: “De casa de Filemón había huido un esclavo de nombre Onésimo, después de sustraer, según parece, una suma considerable de dinero, que le permitió costearse un viaje hasta Roma y escapar allí, en la gran metrópoli, a la posibilidad de ser descubierto”.¹¹ Filemón, por su parte, según Staab “era un ciudadano pudiente y distinguido de Colosas, dueño quizá de alguna de las fábricas en que se procesaba la lana, abundantes en el valle del Lico. Había puesto su casa a disposición de los cristianos para que se reunieran en ella, y se mostraba generoso en

⁹ Inservible, nocivo, funesto, inútil, no utilizado, no usado.

¹⁰ Servible, útil.

¹¹ STAAB, Karl y BROX, Norbert. *Cartas a los Tesalonicenses, Cartas de la Cautividad y Cartas Pastorales*. Trad. Florencio Galindo. Herder, Barcelona 1974, p. 158.